

nos una ocasión de ejercer la caridad y de hacerles palpable *el valor de la cooperación*, les propuso que contribuyeran con *uno ó dos* centavos para acudir al auxilio de aquellos desventurados que se habían quedado sin pan y sin hogar. Era tan numerosa aquella escuela, que no habiendo pasado de *tres centavos* la cantidad dada por cada niño, pudo reunirse una suma bastante regular. Y no sólo eso, sino que como una buena acción es semejante á la vibración de un cuerpo, que produce ondas sonoras capaces de dilatarse infinitamente en el espacio, el ejemplo de aquel profesor fué seguido en las otras escuelas, donde no conformes con reunir fondos, se ejecutaron trabajos cuyo valor fué destinado al mismo objeto. De este modo los niños mexicanos cooperaron al alivio de sus hermanos. Fué aquel hecho el que me inspiró los versos que muchas de vosotras sabéis de memoria, titulados: *La iniciativa*.

#### LA INICIATIVA.

A la orilla de un arroyo  
Que iba el verano secando,  
Un melancólico lirio  
Doblaba mustio su tallo,  
Pues al secarse el arroyo  
Secas sus raíces quedaron,  
Y así á las ondas, el lirio

Daba su triste reclamo:  
"¿Decid por qué, ondas esquivas,  
Os alejáis de mi lado?  
¿No veis que vuestros desdenes  
Me están la vida quitando?  
Venid y regad piadosas  
Mis hojas que á vuestro halago  
Darán perfumes y sombras  
A vuestros suaves remansos."  
Y así contestó el arroyo  
Del lirio al triste reclamo:  
"Perdoná, lirio, perdona  
Si no riego con mi llanto  
Tus verdes hojas, que fueron  
De mi ribera el ornato,  
Que están mis ondas muy bajas,  
Y tú quedaste muy alto."  
Volvióse entonces el lirio  
Hacia un sauce copado  
Que casi á envolverle baja  
De su follaje en el manto,  
Y en cuyas hojas se mira  
Cual cristal límpido y diáfano,  
Una lágrima, que sola  
Dejó la aurora á su paso,  
Y que las hojas del lirio  
Piden al sauce en regalo,  
Y éste con dulce murmullo  
Le dice en acento blando:  
"¿De qué le sirviera, lirio,  
A tu marchito regazo,  
Esta gota de rocío



Que está en mis hojas temblando?  
 Es este riego tan poco  
 Y tú necesitas tanto. . . .  
 Mas oye, si no puedo  
 Alzarte de tu desmayo,  
 Si para darte la vida  
 No tengo el medio en la mano,  
 Te ofrezco que de seguro  
 He de saber encontrarlo.”  
 Y así diciendo, el sauce  
 Alzóse altivo y gallardo,  
 Y luego dobló sus ramas,  
 Y las dobló tanto, tanto,  
 Que en las aguas del arroyo  
 Quedó casi sepultado;  
 Y alzándose de improviso  
 Cual si saliera de un baño,  
 Cual ave que se espereza  
 Para alzarse en el espacio,  
 De su follaje frondoso  
 Sacude el extenso manto,  
 Y cayeron sobre el lirio,  
 Como lluvia de verano,  
 Tantas gotas de rocío,  
 Que quedó como adornado  
 De perlas, que le ceñían  
 En ajorcas y rosarios,  
 Y de su seno se abrieron  
 Capullos frescos y blancos,  
 Que las ramas del sauce  
 Y el ambiente perfumaron.  
 En el sauce, niños míos,

La iniciativa os retrato,  
 Que á veces baja hasta el fondo  
 De corazones avaros,  
 Y les arranca el auxilio  
 Que á los pobres le negaron.  
 No quiero para vosotros  
 De la fortuna el halago,  
 Si habéis de ser insensibles  
 Al ruego del desgraciado.  
 Os deseo, como al sauce,  
 Follaje sombrío y grato  
 A cuyo auxilio no acudan  
 Los que padecen en vano;  
 Y si carecéis de medios  
 De dar consuelo y amparo,  
 No os arredréis; como el sauce  
 Pedid, para prodigarlos.

*Abnegación sin recompensa.*—El cielo se  
 había entoldado, el mar empezaba á rugir de  
 una manera espantosa, el viento norte silba-  
 ba entre las jarcias del buque como si mur-  
 murase terribles amenazas para los amedren-  
 tados pasajeros de un pequeño vapor nacio-  
 nal que fondeado en la barra de Grijalba, es-  
 peraba hacía ya cuatro horas el pequeño  
 vapor de río que debía conducir á los pasa-  
 jeros á tierra. Al fin el esperado “Frontera”  
 se dejó ver tambaleándose sobre las crestas  
 de las olas, pero cuando la mar estaba ya tan  
 brava, que fué imposible al pequeño vapor  
 aventurarse. El capitán del “José Romano”



dijo: "Yo estoy seguro de que en este momento tenemos en la barra bastante agua para poder pasar; pero sin *práctico* sería muy aventurado, y yo no puedo exponer el barco á atravesar la barra sin el práctico que está *allá en el otro vapor*. Tampoco podemos permanecer anclados porque el viento arrecia y dentro de media hora *nos haría pedazos*. *Es preciso virar de bordo!* Tabasqueños díganle! Hasta más ver á su tierra!" Una exclamación de impaciencia se escapó de todos los labios; había entre los pasajeros una joven señora con tres niños, uno de ellos enfermo, y su esposo y sus criadas en un estado lastimoso de mareo; aquella pobre madre que había visto abiertas las puertas del cielo creyendo llegar dentro de pocos momentos á su tierra y á su casa, después de un viaje largo y penoso, sintió, como suele decirse, que se le juntaba el mar con el cielo, y en aquel caso, cielo y mar se mostraban como monstruos espantosos á los ojos de aquellos cuya única esperanza era *correr el norte*. Mas de pronto un ruido extraordinario se oyó en los costados del vapor. "¡Tiburón!" dijeron los niños sobrecogidos de pavor. "¡El práctico!" gritaron con júbilo los marineros y los pasajeros. Aquel bravo tabasqueño se había expuesto al formidable empuje de las olas y á la voracidad de los monstruos marinos para acudir al socorro de los pasajeros que casi lloraban

de gratitud al verlo saltar sobre la popa del "José Romano." Siento en el alma no saber de qué manera se habrá demostrado la gratitud por aquel acto de *abnegación heroica*, y hasta á mi memoria acuso de ingrata por no *recordar el nombre de aquel héroe modesto á quien yo desde lejos le envío, unidos á los vuestros, mis aplausos*.

*Abnegación sublime. Leyes que premian á los que se distinguen por sus servicios á la humanidad.*—¡Quién no siente su corazón henchido de gratitud hacia el hombre generoso que se desprende de sus bienes ó que sacrifica su reposo, su tranquilidad y sus alegrías por servir á los que sufren, á los que necesitan auxilio moral ó material! No es preciso que recibamos personalmente un bien; todos los hombres somos hermanos, y cuando no podemos favorecer al que padece, nos congratulamos de que otro haya venido en su auxilio. Nos consideramos obligados para con los bienhechores de nuestros semejantes y los bendecimos desde el fondo de nuestro corazón.

Uno de esos furiosos nortes que azotan la costa del Golfo, había arrojado varias embarcaciones sobre la playa de un puerto en que me hallaba de tránsito. Un buque encalló á considerable distancia de la orilla; el choque lo destruyó tanto, que estaba próximo á hundirse con toda su tripulación. Las innumera-



bles personas que en la orilla del mar presenciaban aquel cuadro horroroso, estaban consternadas y llenas de ansiedad. ¡Era imposible dar algún auxilio á aquellos desgraciados! Los marineros más expertos y atrevidos convenían en que ningún bote resistiría el empuje de las embravecidas olas. La muerte era inevitable para los desventurados náufragos. Mas, derepente, aquella multitud quedó atónita al ver que un caballero, seguido de ocho robustos marineros, se disponían á echar un bote de los que estaban suspendidos en el muelle. Algunas personas se acercaron á estos animosos hombres para hacerlos desistir de su temeraria empresa. Todo fué en vano; estaban resueltos á morir ó á salvar á los desventurados que imploraban auxilio de la costa. El bote fué siempre tirado al agua; pero antes de que nadie pudiera embarcarse en él, una gran ola lo estrelló contra el muelle y se vieron sobrenadar infinidad de fragmentos. No se arredraron por esto aquellos denodados filántropos. Un segundo bote se balanceó sobre las encrespadas olas, abalanzándose á él los intrépidos marineros. Más de una vez estuvo expuesta la frágil barquilla á zozobrar, pero al fin llegó hasta el lugar del siniestro. La muchedumbre de la playa, que hasta entonces había guardado profundo silencio, interrumpido sólo por exclamaciones de horror al creer perdido el bote, lanzó un

“hurra” cuando lo vió llegar salvo á su destino. El regreso á la playa con los náufragos no fué menos peligroso ni dominó tampoco menor ansiedad en los circunstantes.

Cuando se encontraron sanos y salvos en la orilla, se apoderó de todos una verdadera locura de contento. Nadie quiso quedarse sin estrechar entre sus brazos á los héroes de tan filantrópica acción. Los salvados lloraban de alegría por haber escapado de la muerte, pero también lloraban de gratitud. Los salvadores, profundamente conmovidos, fueron paseados en triunfo por las calles de la ciudad. A su paso, los hombres los saludaban quitándose el sombrero con respeto; las mujeres los bendecían, y los niños, dando gritos de entusiasmo, formaban parte de la comitiva.

Ahora agregaré, dijo el maestro, que el Gobierno honró á los filántropos é intrépidos marinos con un diploma y una medalla conmemorativa del hecho.

*En nuestro país, donde no hay ni se reconocen títulos de nobleza, ni prerrogativas ú honores hereditarios, la ley permite que se acuerden recompensas en honor de los que prestan servicios eminentes á la humanidad.* — (“Moral” por Alberto Correa).

*La gratitud.*—La gratitud es como consecuencia de la caridad, y es también un sentimiento que ennoblece el alma y por ella somos capaces de ejecutar los más heroicos ac-



tos de abnegación. ¿Por qué te sacrificas por tu padre? le preguntaron á un joven que pidió ir á la cárcel en lugar de su padre. Porque él se sacrificó antes por mí, dijo el joven. ¿Por qué te sacrificas obedeciendo las leyes de la patria, cuando puedes huir de la prisión y escapar de la muerte? le preguntaron á Sócrates sus discípulos. Porque á la patria le debo lo que soy, contestó Sócrates. Preguntad á los mártires de la ciencia y del progreso, por qué se sacrifican por la humanidad, que no sólo no los premia sino que los inmola, y os dirán: "Tenemos que agradecer á Dios el privilegio de habernos dotado de un gran corazón, de una gran alma, y en nombre de nuestro Espléndido Protector obsequiamos espléndidamente á su *hija predilecta: la humanidad.*"

#### EL RIO Y EL RIACHUELO.

Un arroyuelo triste, sombrío,  
Que en el pantano se va á estancar,  
Así á las ondas de hermoso río  
Se oyó de lejos aconsejar:  
"¿Por qué, le dijo, siempre corriendo  
Te miro río con loco afán?  
¿Por qué ese anhelo que yo no entiendo,  
Por qué descanso nunca te das,  
Por qué agitando tus claras ondas  
Inquieto siempre, te miro, dí?"

Aquí, tranquilo, bajo las frondas  
Mejor no fuera quieto vivir?  
Piensas acaso con tus raudales  
Los anchos mares enriquecer?  
¿Tiene el Océano tantos caudales,  
Que tu tributo ni echa de ver!  
Deja tus bríos, deja tu anhelo,  
Que nadie premia tu loco afán,  
Deja que cuide del mar el cielo  
Y no te canses, no corras ya. . . ."  
El ancho río formó un remanso,  
Y con murmullo dulce de amor,  
Sin que sus ondas tomen descanso,  
Así al arroyo le contestó:  
"¿Crees acaso que me empobrezco  
Con el tributo que alegre doy?  
Tal es mi fuente que no decrezco,  
Mañana, siempre, seré cual soy.  
En vano dices que mis raudales  
De nada sirven al ancho mar,  
Que de los ríos á los caudales  
Deben los mares su majestad;  
Tú no comprendes las dichas mías  
Ni tus placeres comprendo yo;  
Mas son tan puras mis alegrías,  
Que en espirales de albo vapor,  
Cuando el rey-astro besa mis ondas,  
Y en mis cristales riega su luz,  
Me voy alzando sobre las frondas  
Y al cielo ofrezco mi gratitud . . .  
Y cuando en medio del recio estío  
Cae la lluvia sobre el rosál,



Al ver que el fresco de su rocío  
 Riega un encanto primaveral;  
 Al ver las hojas que reverdecen,  
 Los limoneros que están en flor,  
 Y los cereales que alegres crecen  
 Y el alma alegran del labrador;  
 Todo ese encanto que se derrama  
 Cuando la lluvia se desprendió,  
 Finge un acento que alegre exclama:  
 Para esa lluvia tributo doy. . . .  
 Pobre riachuelo que en el pantano  
 Corrupto, sucio, te crees feliz,  
 ¡Tu mal consejo, tu ejemplo insano  
 Los anchos ríos no han de seguir!  
 En vano loco juzgas mi anhelo  
 Y que es inútil mi eterno afán,  
 Que por mis ondas le plugo al cielo  
 Los anchos mares alimentar."

\*  
 \* \*

Como los ríos que no decrecen  
 Aunque á los mares tributo den,  
 Las almas grandes crecen y crecen,  
 En sus afanes de hacer el bien.  
 Y cual las ondas del Océano  
 Alzan los riscos con su caudal,  
 Así el gigante progreso humano  
 Crece al empuje que ellos le dan.  
 Y cuando se oye la voz potente  
 Que del progreso se alza en honor,  
 Queda en cada alma noble, creyente,

Hermosa y pura satisfacción.  
 Bien hayan todos los que han sentido  
 Todo el encanto, todo el placer  
 Que experimenta quien ha vivido  
 Alegre siempre regando el bien.